

canos por su cobardía en sufrir á un Gobierno como el de Gómez Farías, tan criminal, impío y sacrilego.”

La más solemne de aquellas imponentes procesiones fué la de 25 de Agosto, dedicada á honrar la imagen del Señor de Santa Teresa; D. Carlos Bustamante asegura que, á partir de aquel día, comenzó á disminuir la fuerza del cólera. Como para mostrar su reconocimiento á la misericordia divina, la multitud timorata acogió con alegría el pronunciamiento del héroe insurgente, D. Nicolás Bravo, cuya proclama, que remitió á Santa-Anna invitándole á aceptarle y á *separarse de la canalla*, concluía así: “glorioso será el morir mártires, á un tiempo por la fe de Jesucristo y por la libertad de la patria.”

## CAPITULO XII

1833.—1834.

En medio del trastorno producido en las conciencias por las reformas que intentó Gómez Farías, y en las familias por aquella primera visita del cólera, la Empresa del Principal hizo cuanto pudo por sostener sus espectáculos. En 4 de Junio puso en escena Galli, el *Moisés en Egipto*; en 7 del siguiente el *Ricardo y Zoraida*, y en 10 de Diciembre *La dama del lago*, y repitió *El Barbero de Sevilla*, *El Conde Ory*, *Semiramis*, *La Urraca*, *Clotilde*, *Inés*, *Tebaldo*, *Cenicenta* y otras de su abundante repertorio. El cuadro de verso ofreció durante ese mismo año de 1833, poquísimas obras nuevas, mereciendo apenas citarse, por su grande éxito, la comedia *La musa aragonesa*; por los aplausos con que Palomares fué recibido, la titulada *Las tramas de Garulla*, y por haber servido para la presentación del actor Soler, la llamada *La mujer de dos maridos*.

En Junio de ese año regresó á México, su patria, D. Manuel Eduardo de Gorostiza, cargado de laureles y de méritos de toda especie: el *Registro Oficial* del 4 de Diciembre publicó, á propósito del eminente poeta y diplomático citado, el siguiente curioso párrafo: “Vamos á dar á los amantes del teatro una noticia que no puede menos de agrardarles, y es que mañana jueves 5, se representará una comedia nueva y original de nuestro Gorostiza, intitulada *Contigo pan y cebolla*. Sabemos igualmente que su autor la escribió en Londres con intención de que se estrenase en su patria, pero los españoles obtuvieron, por alguna superchería sin duda, una copia, y la acaban de representar

en Madrid con tal entusiasmo, que *La Revista Española* dice que no se había visto igual desde los tiempos del *Si de las niñas*.”

En lo que á otros espectáculos toca, hallo en los periódicos de la época el siguiente anuncio que puede servirles de interesante dato á quienes escriben sobre progresos materiales en México:

“Nuevo espectáculo.—A los capitalistas y amigos del adelantamiento de las Artes y de las mejoras de la Gran Nación Mexicana.— Con este objeto se exhibirá á la espectación de este respetable público, en la calle de Zuleta núm. 5, letra B, una muestra de los mayores descubrimientos alcanzados por el ingenio humano; es decir, una representación perfecta, aunque en pequeño, del modo con que en el día se puede viajar con una velocidad de doce leguas por hora, en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos de Norte-América. Dicha representación se hará por un carruaje y una máquina de vapor que lo impulsa á correr por un camino de mortaja, semejante á los que últimamente se han construido en las referidas naciones, para hacer fáciles, cómodas y seguras las comunicaciones y los transportes de las personas y efectos. También se mostrarán las observaciones científicas, mapas, modelos y presupuestos de gastos necesarios para la construcción de un camino semejante para carruajes de vapor, que se puede establecer de esta ciudad á la de Veracruz; todo lo cual se ha impreso y dedicado al pueblo mexicano, con el especial intento de convencer de la utilidad y conveniencia que este género de empresas acarrea á las naciones.— La casa se hallará abierta todo el día, siendo el precio de entrada dos reales por persona.”

Otras novedades de aquellos días últimos de 1833 y primeros de 1834, fueron el *Gran Cosmorama* establecido, por primera vez en grandes proporciones, en la casa núm. 15 de la 1ª calle de Plateros; el formidable chasco de un fracaso de ascensión en globo por Mr. Adolfo Theodore, de cuyo asunto hablaré en extenso más adelante, y el peligro en que México estuvo de quedarse sin Opera Italiana.

“El Sr. Galli—copio aquí un artículo de *La Lima de Vulcano*— en unión de toda la compañía de ópera, se resistía á cantar en la presente temporada, mientras no se le pagasen los tres ó cuatro meses de sueldos que se le deben, y sobre todo se le asegurase la validez de la nueva contrata que por dos años más hizo con el mismo Gobierno que hoy trata de anularla, por aquella liberal y cómoda regla de *sic volo sic jubeo*. Siguiéronse muchas contestaciones sin que los italianos prescindiesen de su derecho, y entonces nuestro ilustrado, benemérito, paternal y justo Gobierno del Sr. Gómez Farías, adoptó el *mezzo término* de poner el pasaporte en la mano del Sr. Felipe Galli, por conducto del Ministro de Relaciones D. Francisco Lombardo, para que saliera de México dentro de tres días, y de la República dentro de treinta, á la vez que se hacía lo mismo con el Obispo de Pue-

bla, por su resistencia á las reformas en asuntos eclesiásticos. ¿No es un contraste chocante ver aplicar en un mismo día la famosa *ley del caso* á un príncipe de la Iglesia porque protesta contra actos ilegales, y á un operista porque no canta *gratis*, y á quien no sólo no paga el Gobierno lo que le debe, sino que declara nula la nueva contrata, celebrada hace seis meses con todas las formalidades legales?" Por fortuna para el público, el Gobierno retrocedió ante la censura general, y celebró con Galli un nuevo arreglo.

Antes de pasar adelante, citaré, como otra curiosidad las famosas y celeberrimas funciones *hipico-mímico-acrobáticas* de la compañía Green en la Plaza de toros de la Alameda; hé aquí algunos de los números de un programa de esa compañía *México-Americana*: "Cayetano, el joven sin igual, hará juegos portentosos que ha ensayado nuevamente.—El Sr. León, después de una serie de actitudes y juegos primorosos, saltará por cima de una mesa servida y cubierta de vajilla.—El Sr. Green comenzará por las actitudes romanas, dando el difícilísimo salto inverso en forma de Mercurio alado.—El payaso cantará con su acostumbrado gracejo una canción popular.—Cayetano, á pelo y sin freno, ejecutará mil travesuras, con la velocidad y gracejo que no tienen segundo en ningún niño de tan tierna edad.—Para fin de fiesta, la gran pantomima de *Don Quijote y Sancho Panza*, nunca vista en esta *República*, según el siguiente reparto de actores: *D. Quijote*, Sr. Cristóbal; *Sancho Panza*, Suárez; *Mujer, dueña del molino*, Cayetano; *Capitán de caballería*, León; *Ladrones*, Los de la Compañía."

Así textualmente lo dice el programa respectivo.

No eran ladrones lo que entonces faltaba: *El Telégrafo*, que tal era el nombre que en esa época llevaba el periódico oficial del Gobierno, decía en su sección editorial del 17 de Enero de 1834: "La Capital de la Federación se halla tan plagada de ladrones, que sus pacíficos habitantes no se encuentran ya seguros ni en los lugares más concurridos, ni en el recinto de sus mismas casas. Diariamente se advierte el aumento que adquiere la insolencia de los bandidos, que, no contentos con robar, añaden muchas veces á este crimen el detestable del homicidio, ó cuando menos el de herir gravemente á los infelices que asaltan."

Y pues de *asaltos* hablo, no debo dejar sin cita el que á las Musas dió un Sr. *Lelardo*, á quien no citaría ante mis lectores si su composición no hubiese sido considerada digna de ser publicada en la *Sección de Variedades* del periódico del Gobierno, con el nombre de *Bella Literatura, Canto en elogio del tolteca Papantzín, inventor del aguamiel y de otros varios usos del maguey*. El canto llevaba por epígrafe este verso de Horacio: *Dignum laude virum Musa vetat mori*. Y así comienza:

"Ilustre americano Papantzín,  
¿por qué fatal destino, por qué causa  
ha de quedar tu nombre oscurecido  
é incógnito á la Historia y á la Fama?  
¿Acaso porque fuiste infeliz padre  
de la Xochitl hermosa y desgraciada  
que dió á luz el azote destructor  
de la nación tolteca y de su patria?  
Mas ¿qué culpa ha tenido un hombre honrado,  
que su deshonor con valor reclama  
y resistir no puede á la violencia  
de la pasión furiosa de un monarca?  
Nadie te inculpa. Ni los hombres fueron  
la causa principal de las desgracias  
que han destruido ciudades y naciones  
con grande estrago de la especie humana.  
Este influjo funesto desde luego  
á sólo la mujer se reservaba,  
desde que la primera trajo al mundo  
el desorden fatal con la manzana.

... Y porque no quedase el nuevo mundo  
sin sentir esta influencia malhadada,  
las bellezas de Xochitl y Malintzin  
hacen la desventura americana.  
¿Por qué, pues, ¡oh! buen viejo, no eres loado  
ni tu renombre con buril se graba  
en el registro de los hombres grandes  
que bien merecen de la gente indiana?  
No hay más razón, si bien se considera,  
que ser americano, y esto basta  
para que el preocupado mundo antiguo  
ó no te conociera ó te olvidara.

... Tú eres el Noé del nuevo continente  
que ha sabido hacer uso de una planta  
que no ofrecía á la vista el dulce fruto  
como al primero lo mostró la parra.  
Tú hiciste conocer al mexicano  
el *maguey* que en sus campos sin cultivo  
creciera inútilmente en abundancia.  
Tú analizaste la naturaleza  
de aqueste vegetal, producción rara  
que da al hombre el vestido, el alimento,  
bebida, medicina, armas y casa.  
Tú con ella enriqueces tu nación,

y un licor le convidas, que aventaja  
 á los que celebraron las antiguas  
 y á cuantos hoy la moda usa y alaba.  
 . . . Por él sin duda cambiarían con gusto  
 su *té* la China, su *café* la Arabia,  
 su *cerveza* el Albión, su ponderado  
 y generoso vino Iberia y Francia.  
 . . . Tus descendientes, en mejores días,  
 en días de paz, de gloria y de abundancia,  
 cuando más justos sepan apreciar  
 los bienes que el destino les prepara;  
 cuando unidos y ricos y contentos,  
 convirtiendo las lanzas en azadas  
 se apliquen al cultivo de la tierra  
 harto con sangre y con sudor regada;  
 en medio de sus grandes magueyales  
 de blanco mármol formarán tu estatua,  
 y con manto de *ayatl*, por tirso el *quiote*,  
 y de su flor tejida la guirnalda,  
 en su torno danzando alegremente,  
 alternando los brindis y las salvas,  
 vivan *Papan*, dirán, *Papantzin* viva,  
 que con dones tan gratos nos regala.”

En los humildísimos tamaños de mi libro, no pueden haber juicios críticos sobre la poesía en general entre nosotros, máxime cuando, sin falsa modestia, no me estimo competente para el caso. Simple y llano cronista, me limito y continuaré limitándome á presentar ejemplos, dejando la ardua sentencia á cargo de mis lectores. Ellos podrán decidir por sí mismos acerca de esa literatura ó gongorina ó prosaica, sin inspiración, sin estilo, vulgar, sin prosodia, casi enteramente privada de la vida y el genio de la poesía, y en la que —sigo en esto la opinión del distinguido Pimentel,—son caracteres distintivos la falta de novedad, las imágenes trilladas, la falta de elevación y de profundidad, el abuso de palabras y de expresiones prosaicas, la ordinariéz en lo jocoso y lo epigramático, el desprecio de la gramática y de la corrección de la forma.

No quiere decir esto que por el mismo rasero deban estimarse todos los escritores de aquella primera parte de la historia literaria de México independiente. De vez en cuando el investigador y el que estudiar ansía, encuéntrase con más ó menos reducidos oasis en aquel desierto del buen gusto, y aplaude á D. Anastasio de Ochoa, á D. Francisco Ortega, autor de algunas estimables odas y elegías; al mo-

reliano D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, el cantor de la *Entrada del Ejército Trigarante*, de *A la luna en tiempo de discordias civiles*, y de *Al Ser Supremo*, estimadas como verdaderas joyas de la literatura mexicana; al poblano D. José Joaquín Pesado que, allá por el año de 1821, empezó á escribir versos y á adquirir nombradía con sus composiciones religiosas; á D. Manuel Carpio que, hacia 1831 y á los cuarenta de edad, no satisfecho con sus glorias de médico distinguido, experto arqueólogo y clásico literato, publicó sus primeras poesías y entregó á la memoria de sus amigos admiradores, aquello de:

érase un valle plácido y ameno  
 poblado de frondosos tamarindos,  
 de palmeras ruidosas y flotantes,  
 de naranjos altísimos y lindos . . .

y los más conocidos versos de su famoso *Camino del Gólgota*:

Flotan en Siria lánguidas las palmas  
 y en Jericó desmáyanse las rosas . . .

Allá, repito, entiéndanse y decidan mis lectores, pues yo no me atrevo á tanto, ni me creo voto para terciar en la no resuelta cuestión de si Carpio y Pesado fueron los restauradores de la poesía lírica y descriptiva entre nosotros, ó si lo fué Fr. Manuel de Navarrete, ó si ese honor no corresponde de derecho á ninguno de los tres, según opinan muchos críticos.

Entre éstos no faltan quienes acuerden la preferencia al ilustre D. Andrés Quintana Roo y le estimen poeta eminente, restaurador del buen gusto, árbitro entre la exageración del gongorismo y la desnudez del prosaísmo, modelo en lenguaje castizo, estilo noble, versificación armoniosa, tono inspirado, sentimiento vivo, giros valientes y oportunos adornos poéticos, citando al efecto su oda á *La Libertad*.

Este intachable patriota, verdadero patriota, fué hijo de Yucatán, como lo fué también D. José María Alpuche, autor de muy estimadas composiciones patrióticas; calificación de bondad á su vez acordada al jalapeño D. José Jesús Díaz, el mejor productor de leyendas y romances de la Conquista y de la Independencia, tan excelentes para algunos críticos, que no falta quien se extienda á decir que sus romances susodichos nada desmerecen comparados con los del Duque de Rivas.

Y pues de poetas tratamos, procurando señalar los más distinguidos, citaré también, sin entrar en detalles, á uno de grandes méritos

que, si bien no nació en México, aquí vivió, casó y dejó sus cenizas en 1838. Le nombré diversas veces al tratar de las campañas artísticas de Andrés Prieto, y con esta seña, mis lectores se acordarán de que el poeta á que me refiero fué D. José María Heredia. Nacido en 1803 en Santiago de Cuba, trájole á México su padre, aquí enviado por el Gobierno español con un alto empleo en 1819. De regreso en la isla, el joven Heredia tomó parte en una conspiración para hacerla independiente, y fué desterrado. Volvió á México en 1825 y logró el aprecio de D. Guadalupe Victoria, que le otorgó varios empleos y le hizo Diputado á la Legislatura del Estado de México. Para no traer á cuento sino una opinión suficientemente autorizada, diré que D. Alberto Lista calificó á Heredia de gran poeta, versificador fluido y valiente, pero poco correcto.

Estos señalados escritores y poetas, ameritadísimos sin duda fueron; pero debemos convenir en que hasta el instante en que mi *Reseña* alcanza, poco habían hecho sentir su influencia sobre el infinito número de los versistas detestables que producían composiciones como la *Oda* á Papantzin, del caballero *Lelardo*, vista sin duda con suficiente aprecio, puesto que nada menos que el *Periódico Oficial* le daba acogida en sus exiguas columnas.

En ellas también puede leerse el "Himno Cívico," que, dedicado á celebrar los días del Exmo. Sr. Presidente D. Antonio López de Santa-Anna y para cantarse en el Teatro Principal, compuso el Lic. D. Ignacio Sierra y Rosso, que allí se intitula "traductor de óperas italianas del mismo teatro." No puedo resistir á la tentación de copiar sus primeras estrofas:

"Cuando el yugo de Iberia espantoso  
sobre México triste pesaba,  
y en letargo profundo velaba  
noche eterna, tiniebla letal;  
una aurora bellísima y pura  
se anunció venturosa en el cielo,  
augurando fatídica al suelo  
que llegaba la fin de su mal.

"Y fué el trece de Junio brillante  
cuando rico de púrpura y grana,  
del excelso, del grande Santa-Anna,  
Febo alegre el natal anunció:  
de Aquilón detenidas las furias,  
estos ecos al manso Favonio:  
"Libertad, ha nacido un Antonio,"  
susurrando decir se le oyó.

"Y, en efecto, naciera el valiente  
que de tronos libró al Nuevo Mundo,  
y en Tampico al abismo profundo  
á los leones de España lanzó:  
con justicia los genios del cielo  
descendieron entonce á la tierra;  
Libertad y el dios de la guerra  
cada uno su cuna meció."

Los versos no podían ser peores; mas debieron sonar gratos á los oídos de Santa-Anna, cuyo cumpleaños se celebró entonces con grande regocijo: "desde temprano por la mañana—dice *El Periódico Oficial*,—multitud de pueblo que le esperaba en la plaza lo proclamaba con vítores á su persona, á la libertad y á la Religión: por la tarde, el paseo, en que se hallaban situadas músicas militares, estuvo solemnemente asistido, y en la noche el teatro ofrecía, por la numerosísima y lucida concurrencia de gente toda decente, un espectáculo que de muchos años atrás no se había visto. Al presentarse S. E. repetidos vítores anunciaron la complacencia general; pero siempre reinando en aquel lugar y en todo el día la tranquilidad y el orden." En otro de sus números decía el mismo periódico, elogiando la representación de la ópera nueva *Zelmira*: "la composición es excelente y fué perfectamente ejecutada por los individuos del ramo: la Sra. Pellegrini, después de hacerse cargo de la parte más difícil de las diversas piezas interesantes de toda ella, ejecutó admirablemente el difícil é interesante final con que concluye. El papel del Sr. Galli es propio y bien desempeñado. El Sr. Mussati llenó también los deseos del público, y sería de apreciarse cantara íntegra la letra de la pieza con que da principio."

No faltaba motivo á tanta alegría del órgano oficial: la buena ciudad de México, con su Ayuntamiento al frente, habíase, el 13 de Junio de 1834, pronunciado por el plan de Cuernavaca, allí firmado el 25 de Mayo, desconociendo al Congreso, derogando todas sus leyes, excluyendo á Gómez Farías y declarando supremo protector y autoridad única á D. Antonio López de Santa-Anna.

Los pronunciados en la Capital lucían en los sombreros cintas blancas ó azules con el letrero *Viva la Religión y el Ilustre Santa-Anna*, que convertido á las sanas ideas clericales, nombró su Ministro al Obispo de Michoacán, D. Juan Cayetano Portugal, y pronto puso término á cuanto en su tarea reformista habían iniciado las Cámaras y el Vicepresidente Gómez Farías: éste, ante el general clamor de las multitudes conservadoras, pidió y obtuvo licencia para retirarse, y el 8 de Setiembre salió para el extranjero "abrumado este

hombre execrable—dicen los periódicos gobiernistas,—con las imprecaciones más justas de toda una ciudad, la primera del Nuevo Mundo de Colón, sobre la que pesaron inmediatamente sus terribles desastros. Gómez Farías atrajo, cual ominoso cometa, el cólera y la miseria, la inmoralidad y la tiranía, el espionaje y la traición, la ignorancia y el sacrilegio, la exaltación de los delincuentes y la depresión de los honrados, el triunfo de la canalla soez y el abatimiento de la porción escogida, el terror y el luto de las familias, las proscripciones, el llanto, la muerte bajo mil y más formas horrorosas. Fernando VII se avergonzó de ver que en sus antiguas colonias se produjo y fué elevado un monstruo que le excediera en escándalos y terrorismo, y descendió al sepulcro satisfecho de que ya no era necesaria su presencia sobre la faz de la tierra para afligir á la Humanidad.”

No pueden exagerarse más la inquina y el insulto; en cambio, Santa-Anna, á quien también vimos insultado en las décimas insertas en el precedente capítulo, era entonces una especie de nuevo Mesías, con el cual le comparó el Cabildo Metropolitano al anunciar un solemne Triduo de acción de gracias. La literatura periodística oficial, decía al referirse á un baile dado en la Lonja en obsequio de S. E.: “el General Presidente ha recibido un nuevo testimonio de aprecio de todas las clases: la mala noche no estorbó una hermosa y numerosísima concurrencia de las señoritas más decentes, y podrían calcularse en más de ochocientas las personas de ambos sexos que en aquella inocente reunión manifestaban su alegría y entusiasmo; todo era orden y decoro, y por la propiedad de los trajes y de la etiqueta se conocía desde luego que estábamos á mediados del año de ochocientos treinta y cuatro.”

El mismo *Periódico Oficial* dice en 13 de Setiembre, haciendo tomar parte á la Providencia en los festejos al héroe que nos libertó de Farías: “Cuando ha sido constante que las festividades nacionales que se solemnizan en este mes, regularmente son interrumpidas por recios aguaceros, consiguientes á la fuerza de la estación, y hemos visto que la del once, aunque amagada por aparatos, no llegaron á verificarse, diríamos, hablando poéticamente, que hasta la naturaleza quiso por su parte cooperar á solemnizar el plausible aniversario de los triunfos gloriosos de Tampico. Su Excelencia recibió en la Ciudadela las felicitaciones de las autoridades, y después de servido allí un decente *ambigú*, á las ocho de la noche una salva de artillería anunció la salida del General Presidente para el Teatro. En éste se representó la ópera *Mahomet II*, y ya por lo exacto de la ejecución como por el adorno, iluminación y numerosísima concurrencia, presentaba el espectáculo más interesante. Así cada vez más, afianzándose la libertad y sistemándose el orden, este hermoso suelo adelanta en ilustración y cultura.”

Nuevamente los poetas palaciegos pulsaron su lira en honor del vencedor de Tampico; dejémosles hablar:

“No es la adulación, yo la detesto,  
la que mueve mi labio:  
es la santa verdad; ella me inspira  
y sus acentos cantará mi lira.

“Nació Santa-Anna en el lugar más bello  
que en la creación hiciera el numen santo  
en el jardín del mundo;  
vedlo que apenas el brillante bozo  
á su semblante agraciando viene,  
cuando valiente ciñe  
la espada del honor; joven esbelto  
de sangre noble y de figura grata,  
á la campaña parte  
magnánimo, resuelto,  
hijo mimado del sañudo Marte.

“Sed de laureles, de brillante gloria,  
lo lleva por doquier á la victoria:  
deja en eterno olvido  
el blando lecho, el pabellón dorado,  
y en la grama tendido  
mientras el astro de la noche impera  
tranquilo se reposa,  
ceñida á la cintura  
para su ardor ligera,  
pero pesada y fúlgida armadura.

“Su país recorre entero,  
entonces oprimido,  
y sus costumbres observando aprende:  
pero sonó guerrero  
en Iguala el clarín; Santa-Anna entonces  
“¡Viva la Patria!” grita, y ardoroso  
al fragor de los bronce  
allá marcha adelante,  
empuñando brioso  
el pabellón invicto trigarante.

“¡Heroica Veracruz! los fuertes muros  
que ostentas elevados y seguros  
escalados están. El héroe joven  
los derribó el primero,  
el adalid á quien el Orbe entero  
ya saluda entusiasta;

oíd el himno santo  
con que dirige al vencedor su canto.

“Y el canto no cesaba todavía  
cuando otros miles de entusiasmo ardiente  
publican sonorosos alegría :

“Ha vencido, ha vencido el valiente,  
loor eterno, inmortal á Santa-Anna ;  
al enviado infeliz de la Habana  
de Tampico en la arena humilló.

“Vencedor del Panúco, te levanta,  
gritara Veracruz, con breve planta  
vuela, vuela y caiga en este día  
la doméstica, odiada tiranía.

“Y el tirano cayó, y la victoria  
al héroe santo coronó de gloria.  
La patria venerable  
entonces se salvó ; salvóse luego  
también de la impiedad, y agradecida  
bendijo al *salvador*, su nombre adora  
y en él enclava ahora  
sus ojos celestiales  
brillantes con la luz de la esperanza,  
y en segura confianza  
de hallar alivio á sus infandos males.”

Tal era el lamentable modo con que ensayábase en lo épico el poeta ese, dejando á otros cosechar no el laurel de Apolo, pero sí la admiradora de Morfeo, con simplísimas composiciones sobre asuntos chavacanos.

De ese género es la *oda* — así la intituló su autor, — que dedicada á la distinguida cantante Carolina Pellegrini, decía :

“Los actores ilustres  
de la ópera italiana,  
divinamente accionan  
y bellamente cantan.  
Excitan movimientos  
de amor y de esperanza,  
las almas enternecen  
y los pechos inflaman.  
¡Cómo será posible  
que ilusiones tan gratas  
terminen para siempre !

¡Oh Nación ilustrada !  
Fomentemos la empresa  
y Carolina amada  
tan expresiva y dulce  
que nunca de aquí parta.”

El motivo que inspiró esa *Oda* fué el haberse anunciado que la Pellegrini se separaría del cuadro de Opera, disgustada con la Empresa, á cuyo frente habíase puesto D. Manuel Eduardo de Gorostiza, quien delegó todos sus poderes en un antiguo y mal recibido actor nombrado Joaquín Patiño, hombre no desprovisto de ingenio, pero intrigante y mal intencionado para con todo artista, según nos lo pintan los periódicos de esa época, entre ellos el que se tituló *La Llama de Vulcano*, que haciéndose eco de injustas prevenciones llegó á decir de él : “como buen gallego es torpe y obstinado en sus torpezas,” y más adelante añadía : “Las intrigas de Patiño para indisponer á los artistas del cuadro de Opera Italiana, han producido fuerte alarma en el público y originado entre los abonados y en la Empresa un conflicto que acaba de resolver el Ministro Sr. Lombardo, expidiéndole pasaporte para que salga del país. ¿Hasta ahora le vino á las mientes á S. E., que Patiño debía ser expulsado de la República como español no exceptuado?”

A su tiempo volveré á tratar de Patiño, cuyas intrigas estuvieron, en 1836, á punto de promover un motín, que del teatro trascendiese á la política.

## CAPITULO XIII

1833.—1835.

No pretendiendo mi libro, como no pretende, señalarse como un estudio filosófico y crítico de la marcha y progreso del Teatro en México, pues de ello no me juzgo capaz, vengo procurando hacerle menos insignificante al convertirle en una especie de repertorio de noticias de nuestros espectáculos, á fin de que tenga, al menos, esa curiosidad. Por tal motivo, hablaré aquí de las primeras ascensiones aerostáticas intentadas ó realizadas en México en aquellos días.

El primero que procuró verificarlas fué Mr. Adolfo Theodore, francés, natural de Lyon. Este individuo, de quien ya dije ser conocido